

# El teniente Castillo fue asesinado por negarse a participar en el de Calvo Sotelo

Una novedad en la trágica noche de don José Calvo Sotelo por parte de los hombres de confianza de Casares Quiroga y en la Dirección General de Seguridad ● Minuciosa preparación del testimonio de un policía a un periodista

A las once de la mañana del 10 de julio de 1936 me recibía don José Calvo Sotelo en su casa de la calle de Velázquez. El motivo de este encuentro obedecía a un despacho extraordinario que yo, como vicesecretario general de Renovación Española, en funciones de secretario general en aquel momento, por enfermedad del titular, había solicitado del vicepresidente del Partido Monárquico y jefe del bloque nacional. Los asuntos que llevaba en cartera eran graves. Don Antonio Goicoechea, presidente de Renovación Española, había dejado de hecho que Calvo Sotelo asumiera la dirección suprema de un gran número de actividades que desbordaban, por su trascendencia para el futuro de España, las propias de ordinaria administración de la organización monárquica. Los tres asuntos fundamentales que llevaba a Calvo Sotelo eran los siguientes: El primero, comunicarle unas concretas noticias que se referían a su chófer, en orden a indiscreciones o denuncias por parte de éste señalando algunas reuniones tenidas por Calvo Sotelo con elementos militares en su propio coche en apartadas carreteras de Toledo. El segundo atañía a rumores dentro de la Casa del Pueblo, recogidos por un confidente que teníamos en el Partido Socialista, de que se proyectaba asesinarle, juntamente con Goicoechea y Gil Robles. Y, finalmente, la tercera cuestión planteaba el delicado problema del cambio de los agentes de escolta que le tenía asignada la Dirección General de Seguridad, ya que los cesados habían terminado por ser de la confianza plena del jefe monárquico y los nuevos eran rabiosamente izquierdistas. La propuesta que llevaba a Calvo Sotelo era rogarle aceptara una guardia personal de muchachos de Renovación Española, exactamente el mismo grupo que yo había seleccionado para custodiarle en los viajes a provincias, y que en Madrid prestarían servicio en el portal de su casa, siguiéndole, en sus desplazamientos por la ciudad, a una prudente distancia y siempre detrás del coche de la Policía de escolta.

Con el tono severo y el gesto preocupado de quien se sabía protagonista de dramáticos acontecimientos, me respondió, sorprendiéndose mucho de las indiscreciones y noticias suministradas por su chófer, diciéndome que extremaría la prudencia, aunque ya eran escasas las entrevistas que aún debía de celebrar, dado que lo que se esperaba, para que el movimiento militar se llevara a cabo, era un respuesta afirmativa de fuera de la Península. En cuanto a los rumores de un atentado contra él por elementos socialistas, no lo creía, y él, en cambio, que un golpe criminal podría partir de los propios aledaños del Gobierno, si eran ciertas otras noticias que él poseía y que había transmitido tanto a Goicoechea como a Gil Robles. En cuanto a una custodia por elementos jóvenes de Renovación Española, me dijo que la consideraba inútil, al no poder armarlos, y de hacerlo, serían detenidos por los propios agentes oficiales de su escolta. Al despedirme, me añadió que aquellos días eran difíciles y preocupantes, porque el Gobierno de Casares Quiroga sabía que se preparaba una insurrección militar y civil, pero sin acertar a conocer exactamente las claves y los personajes de la conjura. Sin embargo, los gobernantes republicanos no habían olvidado estas palabras de Calvo Sotelo: "España está en el umbral del comunismo y hay que evitar que la Patria perezca bajo la ola roja." Y también había dicho antes a Casares Quiroga las mismas palabras que Santo Domingo de Silos a un rey castellano: "Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis. Y es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio."

## Inminencia del peligro

El día 11 de julio, siguiente al de mi entrevista con Calvo Sotelo, recibí en mi despacho de Renovación Española la visita urgente y angustiada de nuestro confidente en el Partido Socialista, comunicándome que se seguía hablando, pero con más insistencia todavía, de que era inminente el asesinato de Calvo Sotelo, Goicoechea y Gil Robles. A mis preguntas para concretar detalles, me dijo que no era fácil obtenerlos, porque se comenzaba a desconfiar de él, y tan sólo me señaló su creencia de que se trataba de buscar un pretexto o urdir un plan que justificara ante la opinión nacional e internacional el asesinato de los tres jefes políticos de la derecha. Sin pérdida de tiempo hablé con Goicoechea, y me contestó que también había recibido noticias semejantes por otros conductos, pero que se estaban tomando las oportunas precauciones, bien para que los amenazados no durmieran en sus domicilios o para no abrir las puertas ante cualquier intento de asalto nocturno. No obstante, el

jefe de Renovación se negaba a creer que cualquier atentado contra ellos se asumiera por el Gobierno la responsabilidad de organizarlo y ordenarlo a través de elementos secundarios del poder. Entendía, en cambio, que era ne-

cesario precaverse contra los pistoleros y asesinos de las organizaciones de izquierda y advertir al presidente del Consejo y al ministro de la Gobernación del deber que tenían de defenderles y ampararles.

## El cadáver del teniente Castillo

Un periodista llamado Benjamín Bentura, con b—que fue más tarde redactor jefe de Logos—, y que hacía información de sucesos en la Dirección General de Seguridad, contó que a las cuatro y diez de la madrugada del 13 de julio vio, desde el propio despacho donde trabajaba, un numeroso grupo de guardias de Asalto que salía de la Dirección por la puerta de la calle de Víctor Hugo. A poco llegaba una carroza fúnebre, seguida por buen número de coches oficiales. El féretro que contenía los restos del teniente Castillo fue colocado en la carroza. Un hombre joven, que había salido de la Dirección y del cual unos dijeron que era hermano de Castillo y otros primo carnal, que ejercía el cargo de abogado del Socorro Rojo, se dirigió al grupo que formaban el director general de Seguridad, Alonso Mallol, y los comisarios Aparicio, Lino y Rivas, gritando: "¡Cobardes! Sacáis el cadáver a estas horas porque tenéis miedo. Le habéis matado vosotros." Añade Bentura que metieron a aquel hombre en un automóvil y partió la carroza fúnebre a toda velocidad y tras ella los coches oficiales. Pero lo más importante de esta revelación es lo que textualmente cuenta a continuación el mismo testigo: "Tenía yo una información interesantísima, que hubiera sido locura publicar en 'El Debate' o en cualquier otro periódico. Me la había facilitado un amigo mío, inspector de Policía. El tampoco se hubiera atre-

## Un testimonio clarísimo

"Recordará usted que cuando me contó que Alonso Mallol (el director general de Seguridad) había dicho que el teniente Castillo fue asesinado por los fascistas, como venganza por suponerle autor de la agresión contra un grupo de falangistas en la calle de Torrijos, le dije que ni usted ni yo podíamos creer tal patraña. Habrá observado usted, como he observado yo, que en el asunto del asesinato de Castillo no ha actuado el juez. Esto hizo que mis sospechas aumentaran y decidí enterarme de cómo había sido muerto el teniente Castillo. Si he de decir la verdad, no he sido el único que ha tenido interés en averiguar esto. Hemos puesto buen cuidado en que no se tuviera noticia de nuestras actividades, y puedo asegurarle lo siguiente: el teniente Castillo fue asesinado por las mismas personas que horas después secuestraron y asesinaron al señor Calvo Sotelo. Esto es absolutamente cierto. El teniente Castillo era amigo íntimo del teniente Moreno. Ellos, con el capitán Condés, eran los hombres de confianza de Casares Quiroga. Hace ya muchos días que se decretó el asesinato de Calvo Sotelo a fecha fija. Se llamó al capitán y a los dos

tenientes y se les confió la criminal tarea. Faltaba por designar cuál de ellos había de ser el que con la gente que había ya preparada diera cima a la empresa de asesinar al ex ministro de la Dictadura."

"Pocos días después, Castillo comunicó a sus amigos que lo había pensado bien y que no estaba dispuesto a tomar parte en el asesinato de Calvo Sotelo. Condés y Moreno le tildaron de cobarde y de traidor. Castillo afirmaba que podían contar con él para planear cuantos asuntos hicieran falta, pero que ni en lo de Calvo Sotelo ni en cualquier otro asesinato quería intervenir. Moreno y Condés prescindieron de Castillo y pensaron un nuevo plan. Aquel desgraciado podía ayudarles aun en contra de su voluntad. Claro que su negativa le iba a costar cara, pero para los afanes que perseguían resultaría provechosa. Y como se pensó, se hizo. Unos guardias vestidos de paisano esperaron el paso del teniente Castillo. Dispararon contra él y fueron a refugiarse en la Casa del Pueblo. Muerto Castillo, se dice que los asesinos han sido los fascistas, y horas después los asesinos del teniente Castillo acuerdan con el teniente Moreno y el capitán Condés, en el cuartelillo de Pontejos, la forma en que se han de llevar a cabo los secuestros y asesinatos de Calvo Sotelo, Goicoechea y Gil Robles. Ha querido el Altísimo que únicamente Calvo Sotelo, el elegido, cayera asesinado. Se dice que la muerte de don José Calvo Sotelo ha sido una represalia por la del teniente Castillo, y lo cierto es que este último fue asesinado porque se negó a matar al señor Calvo Sotelo. Todo, como usted ve, muy bien planeado."

## LA CASA DE CALVO SOTELO

Los guardias oficiales de la República que constituían la pequeña turba armada llegan, dirigidos por el capitán Condés, a la puerta del piso de Calvo Sotelo. Se hace sonar el timbre imperativa e insistentemente. Una sirvienta abre y el cortejo del crimen del Estado irrumpen, en flagrante violación del domicilio, con alevosía y nocturnidad. Calvo Sotelo aparece en bata y se enfrenta con Condés, que anuncia debe hacer un registro y llevarle a la Dirección General de Seguridad para ser interrogado. Le hace saber que su inmunidad parlamentaria debe ser respetada, pero que, no obstante, accede a que se registre la casa. Comienza una farsa, que es movese por las habitaciones sin intentar examinar nada. En el despacho y en la máquina de escribir, que tanto utilizaba Calvo Sotelo, había una cuartilla con una sola línea que decía lo siguiente: "España está en ruinas. Vamos a reconstruirla." Mientras tanto, Victoriano Cuenca cortó los hilos del teléfono para evitar toda comunicación. Pese a todo lo que estaba presenciando, el insigne jefe político creyó que el carné de la Guardia Civil de Condés era, en cualquier caso, una garantía y una esperanza de que nada grave y definitivo podía sucederle. Sin embargo, cuando vio cómo el capitán cogió una pequeña bandera roja y guadaña y la deshizo entre sus manos, todas sus ilusiones se desvanecieron. Entonces instó para que registraran en serio y le contestaron que la casa era demasiado grande y no valía la pena, y que lo mejor era salir para la Dirección General de Seguridad.

## El crimen, en la calle Ayala

Ya convencido de que era inútil toda resistencia, con sólo mujeres y niños en casa, pidió que le dejaran vestirse, autorizándole con tres guardias delante. Inmediatamente fue la dramática despedida de su mujer y de sus hijos. Sin una convicción muy firme, pero para dar ánimo a su esposa, le dice que volverá pronto. Baja la escalera con la cabeza erguida y el paso firme, rodeado de los que van a ser sus verdugos. Condés le ordena montar en la camioneta y ocupar un asiento en el tercer departamento, de cara a la dirección. Exactamente detrás de él se situó el pistolero y guardaespaldas de Indalecio Prieto, Victoriano Cuenca. Montados guardias y paisa-

nos, el vehículo inicia una vertiginosa carrera, dirigiéndose a la calle de Alcalá, pero torciendo al llegar a Ayala, donde Cuenca empuñó la pistola y, aprovechando el ruido del motor, aceleradísimo, disparó dos veces en la nuca de Calvo Sotelo, que cayó pesadamente hacia adelante. El conductor, al sentir los disparos, frenó la marcha, pero Condés gritó: "De prisa." La camioneta número 17 aumentó la velocidad, dirigiéndose hacia el cementerio del Este, mientras varios de los paisanos empujaron con pies y ma-

nos el cadáver debajo de los asientos. Ya en el cementerio, descendieron del vehículo el capitán Condés y José del Rey, dirigiéndose al puesto de guardia y regresando con dos vigilantes. Acto seguido ordenó el capitán Condés que se bajara el cadáver, diciendo: "Debe ser un sereno que hemos encontrado en la vía pública." Con gran esfuerzo se consiguió sacarlo de debajo del asiento, donde estaba pensado, dejándole junto a los arcos que existen a la entrada de la Almudena.

## APARECE EL CADAVER

A las nueve y media de la mañana, mientras los amigos del asesinado lo buscábamos desesperadamente y estaba a punto de producirse la identificación del cadáver, llegó al Juzgado de guardia número 3 la primera comunicación inicial del sumario. Era de la Dirección General de Seguridad—afirma el juez—y en términos sobremediana lacónicos manifestaba que el señor Calvo Sotelo había sido sacado de su domicilio y que hacía gestiones para averiguar su paradero. Minutos más tarde llegaba al Juzgado una segunda comunicación del mismo organismo oficial, en que se añadía que el señor Calvo Sotelo desde su domicilio había sido llevado en una camioneta por un grupo de desconocidos, según manifestaban dos guardias de Seguridad, de servicio a la puerta de la casa de dicho señor, y que comparecerían a la presencia judicial. El juez dice: "La Dirección de Seguridad no había cuidado de formalizar tan importantes testimonios. Procedía verlos. Sus declaraciones fueron tan unánimes como explícitas y sinceras." Y en esencia dijeron: "Que estaban de servicio a la puerta de la casa del señor Calvo Sotelo la noche última, y a las dos y media, poco más o menos, paró ante ellos una camioneta oficial ocupada por una veintena de hombres, vestidos unos de uniforme de la Guardia de Asalto y otros de paisano. Un grupo quiso penetrar en la casa y la pareja de seguridad se opuso, pero el más caracterizado les enseñó un carné de la Guardia Civil (oficial), alegando al propio tiempo que iba al piso del señor Calvo Sotelo a cumplir un servicio, y ante las manifestaciones del oficial y su identificación mediante el carné, pues iba de paisano, le permitieron subir con algunos de sus acompañantes. Otros de los de la camioneta quedaron a la

puerta y los demás se apostaron en las bocacalles inmediatas, impidiendo el acceso de los transeúntes, a los que cacheaban." "Mientras esto sucedía—añade el juez, reflejando la declaración de los guardias de servicio—, el señor Calvo Sotelo se asomó al balcón, preguntando a los declarantes si los que habían llegado eran agentes de la autoridad, y la pareja le contestó que sí, e insistiendo dicho señor dos veces más en la pregunta de si eran auténticos agentes, los de seguridad le repitieron otras tantas la misma contestación afirmati-

va. Pasado algún tiempo, bajó a la calle el señor Calvo Sotelo con el oficial y los demás que habían subido al piso. La camioneta volvió a ocuparse y el oficial invitó al señor Calvo Sotelo a subir. Este se abstuvo, preguntando: "Usted, capitán, ¿no sube?" El oficial le contestó: "Si, ahora mismo." Y entonces subió el señor Calvo Sotelo, ocupando una de las banquetas, y luego el oficial, arrancando el vehículo en dirección a la calle de Alcalá." El juez recibió sobre las once de la mañana una tercera comunicación de la Dirección General de Seguridad, también brevísima, en la que participaba que, según aviso del depósito de cadáveres del cementerio del Este, había allí, sin identificar, uno que pudiera ser el del señor Calvo Sotelo. "La sospecha con tales antecedentes—añade el juez—hacía pensar en la evidencia. Suspendí la declaración que estaba recibiendo a uno de los de seguridad y me trasladé al depósito. Era, en efecto, el cadáver del señor Calvo Sotelo, que no mostraba señales de lucha.

## Hacen desaparecer el sumario

El juez del Juzgado número 3, cumpliendo con su deber íntegramente, dispuso incautarse de la camioneta número 17 de la Dirección General de Seguridad. De improviso se presentó en la plaza de Pontejos e hizo un minucioso reconocimiento de los tres o cuatro vehículos que utilizaban los guardias de Asalto. En uno de ellos advirtió que estaba lavado con mayor esmero, y en la inspección ocular descubrió la existencia de un colorido sospechoso, al parecer de sangre, retenida en las uniones y hendiduras de las tablas del piso. El comandante Burillo, que estaba presente en la diligencia, se mostró sorprendido de que el juez le ordenara el traslado inmediato de la camioneta hasta la puerta del Juzgado, lo que hizo, aunque negándose a facilitar verbalmente el nombre del oficial u oficiales que utilizaron la camioneta la noche anterior. Ya en la puerta del Juzgado, los peritos médicos forenses, doctores Piga y Agulla Collantes, confirmaron la sospecha del juez. Las manchas eran de sangre, unas de sangre viva y otras de sangre muerta. Las diligencias judiciales durante el mismo día 13 dejaron confirmados todos los extremos del asesinato de Calvo Sotelo. Pero ese mismo día, por la noche, el Consejo de Ministros quitó de las manos del juez de guardia el sumario, entregándose a otro especial. Este sumario, como la camioneta número 17, desaparecieron, cuando un grupo de milicianos armados, en los primeros días de agosto, se apoderaron de ambos con la intención de que no quedara huella de un crimen de Estado perpetrado por un Gobierno que, para colmo, se consideraba legítimo.

Julían CORTES-CAVANILLAS